

CAPÍTULO II

OBJETO Y CARÁCTER DE LA MORAL

*(Continuación.)*SEGUNDA PARTE: LA MORAL CONCEBIDA COMO UN ARTE RACIONAL
Y REDUCIDA A LA MORAL PRÁCTICA

- I.—*La moral debe reducirse exclusivamente a la moral práctica: toda tentativa para construir una moral teórica está destinada a un fracaso.*
- II.—*Por qué las morales teóricas han fracasado en su obra.*
- III.—*Objeciones dirigidas a la concepción de una moral exclusivamente práctica y cómo contestan sus partidarios: la moral concebida, a pesar de su relatividad, no tiene nada de escéptica.*
- IV.—*Ella postula, como todo arte, el fin humano del querer vivir y del querer vivir mejor, y no tiene necesidad de discutir, como la moral teórica, el problema de los fines de la vida humana.*
- V.—*Cómo se puede, por la experiencia moral, completar este arte racional: posibilidad de una moral individual.—El hombre honrado.*
- VI.—*Conclusión relativa a esta concepción de la moral.*
- VII.—*Conclusiones generales sobre el objeto y el carácter de la moral.*

SEGUNDA PARTE

MORAL CONCEBIDA COMO UN ARTE RACIONAL

I. LA MORAL DEBE EXCLUSIVAMENTE REDUCIRSE A LA
MORAL PRÁCTICA

En trabajos recientes se ha considerado que toda tentativa para establecer una moral teórica, cualquiera que sea el método que se trate de aplicar, era metafísica. Las mismas morales empíricas y objetivas, que hacen profesión de fundarse sobre la experiencia, «persisten en presentarse como propiamente especulativas y en tratar de legitimar por sus demostraciones las reglas que ellas formulan». Así llegan a este resultado contradictorio o inútil, de transformar una ley, pretendida *inevitable*, en una regla que se *aconseja* seguir. ¿No parece que, a pesar de los ingeniosos rodeos que se den, se ha de venir a tropezar con esta alternativa: o bien la moral es una ciencia que, procediendo como todas las demás ciencias, saca de los hechos una ley necesaria, y entonces no hay más regla moral; o bien el individuo puede ir en sentido contrario de la ley que se le propone, y entonces esto ya no es una ley necesaria sacada de los hechos?

Por consiguiente, una moral positiva no debe ser, en ningún grado, una moral teórica; debe limitarse a considerar, en las ciencias que tratan de los hechos que hacen relación a la conducta humana, las leyes que ellas han establecido, y a preguntarse si, utilizando estas leyes y *aplicándolas*, es posible traer a nuestra conducta y a nuestras costumbres refor-

mas afortunadas. La moral se presenta entonces como un arte, como una técnica. Ella es, frente a las ciencias psicológicas y sociales, lo que la medicina frente a la biología. Dado que nosotros queremos vivir, y vivir lo mejor posible, postulado fundamental de todo esfuerzo humano, y, por consiguiente, de todo arte, la moral procurará sacar de las leyes psicológicas y sociales todas las aplicaciones, y, por consiguiente, todas las reglas que, compatibles con estas leyes, tenderán a realizar este fin general en el dominio de la vida práctica, del mismo modo que la medicina saca de las leyes de la biología todas las aplicaciones y todas las reglas que tienden a asegurar nuestra salud.

Hasta aquí nuestra moral se parecía bastante a la medicina, que precedió a la biología científica. Esta medicina se componía de prescripciones vagas y confusas, impuestas por la tradición y la superstición, y todas sin fundamento. Su virtud no podía invocar otros títulos que algunos éxitos comprobados sin método, y a menudo enteramente imaginarios. La naturaleza, en caso de enfermedad, por el juego de sus leyes inevitables, traía, ya la curación, ya la muerte. La moral es, poco más o menos, establecida del mismo modo. Sus reglas son el efecto del juego de las fuerzas sociales y las morales teóricas; creyendo determinar los fundamentos de las reglas morales, no han hecho apenas más que comprobar y sistematizar estas reglas, sin descubrir, además, las verdaderas razones y, por consecuencia, sin poder establecer su necesidad.

Ahora que las ciencias psicológicas y sociales comienzan a estudiar con éxito la actividad y las costumbres humanas, sería llegado el tiempo de comenzar también a sustituir a nuestras tradiciones morales, groseramente empíricas, reglas fundadas

sobre los resultados de estudios científicos. La moral debe, pues, en todo lo que ella pueda, llegar a ser un arte racional y científico, como han llegado a serlo las artes del ingeniero o del químico, del higienista o del médico. Las morales teóricas (meta-morales) deben ser puestas al lado de la alquimia, o de la astrología, o de la antigua medicina, entre las imaginaciones metafísicas, que son debidas a la ignorancia de las verdaderas realidades. La moral verdadera, legítima, es la moral práctica, es decir, una aplicación de la ciencia de las costumbres a los esfuerzos que nosotros hacemos para vivir del mejor modo que nos es posible. Esta reciente concepción ha sido sostenida con modificaciones por *Durkheim*, *Lévy-Brühl* y *Rauh*. He aquí sobre qué razones la fundan.

II. POR QUÉ LAS MORALES TEÓRICAS HAN FRACASADO

EN SU OBRA.

Las morales teóricas postulan que la naturaleza humana es siempre idéntica a sí misma en todo tiempo y en todo lugar. Ellas especulan abstractamente sobre un «hombre», que no sería de ningún tiempo ni de ningún país. En segundo lugar, postulan que el contenido de la conciencia moral, las intuiciones y las reglas que encontramos, cuando nos reflejamos en nosotros mismos, forman un conjunto armonioso y orgánico. Pero la historia nos enseña que el hombre cambia con los países y las épocas, que las costumbres varían constantemente: «Verdad de este lado acá de los Pirineos, error del de allá». Y la reflexión sobre nosotros mismos nos muestra

casi constantemente un conflicto entre nuestros deberes, que evitamos casi siempre, sin razonar, por hábito, y que evitamos diferentemente, según nuestra educación y nuestro medio.

En resumen: allí donde las morales teóricas quisieran ver la unidad y la identidad, la observación no nos revela más que diversidad y contradicción; lo cual explica que las morales teóricas sean tan diversas y que desde la filosofía griega se haya discutido sobre su fundamento, sin haber dado un paso hacia la unanimidad.

La moral de *Kant* y la de los *utilitarios*, ¿no son hoy tan opuestas como lo fueron la moral de los *estoicos* y la de *Epicuro*?

El objeto de la moral no es el de construir o destruir una moral, sino estudiar la realidad moral dada. El objeto de la moral es tratar de intervenir eficazmente, una vez que conocemos las leyes a las que obedece la realidad moral.

III. OBJECIONES DIRIGIDAS A LA CONCEPCIÓN DE UNA MORAL EXCLUSIVAMENTE PRÁCTICA Y CÓMO CONTESTAN SUS PARTIDARIOS.

1.^a Se ha pretendido que una semejante concepción llegaba al escepticismo moral; ella acabaría tornando la conciencia moral en algo enteramente relativo.

2.^a Se ha preguntado en nombre de qué principio se resolverán las cuestiones de conciencia allí donde, consultada la realidad, nos muestre que los hombres las resuelven de un modo diverso.

3.^a En fin, la ciencia de las costumbres no está

construída: ¿qué regla de acción seguiremos esperando que lo esté?

Estas objeciones no parecen irrefutables.

1.^o Nada está más alejado del escepticismo que la concepción de una realidad sumisa a las leyes y de una acción racional fundada en el conocimiento de estas leyes. La diversidad de las creencias en moral teórica, creencias que no consiguen vencerse las unas a las otras, después de tres mil años que se las discute, conduce, por el contrario, más bien al escepticismo.

2.^o Es cierto que la conciencia, en cierta medida, es relativa al medio social y a las condiciones particulares individuales en que se la observa. En este sentido, las reglas morales racionales no pueden ser válidas más que para una época determinada, en una civilización determinada y en ciertas y determinadas condiciones. Pero esto es plenamente suficiente, porque nosotros no hemos de obrar en otras condiciones.

Nosotros no debemos pedir al arte racional de la moral más que las reglas que convienen a nuestra sociedad y que se imponen a nosotros por eso. Y puede ocurrir muy bien que conductas diferentes nos parezcan *igualmente* morales en los casos en que no tengamos aún ninguna otra razón para decidir este conflicto de las opiniones y las costumbres. Podía, asimismo, ocurrir que, con conocimientos más extendidos, hallásemos justificada esta equivalencia moral de conductas diferentes. Además, cuando las morales teóricas hablan de un deber absoluto o de una ley universal, hemos visto que en cuanto pretenden darnos un contenido real que permita aplicarlas a las diversas circunstancias de nuestra vida, se hallan también obligadas a dirigirse a las realidades morales contemporáneas. Sin esto,

sabríamos simplemente que tenemos un deber, sin saber en qué consiste tal deber.

3.º En cuanto a la última objeción, si la ciencia de las costumbres no está construída, es preciso concluir sencillamente que nuestro arte racional de la moral, en este momento, está lejos de presentarse de un modo preciso y completo. Pero, por esto mismo que la sociedad existe y evoluciona, es posible comprobar cuáles son las reglas que le permiten subsistir y en qué sentido se transforma. Nosotros podremos, si no apoyar nuestras reglas sobre leyes sociales necesarias, determinar, al menos, mientras tanto, de un modo empírico, las reglas que parecen exigir nuestra sociedad y nuestra época. La medicina tampoco puede apoyarse, en la actualidad, sobre una ciencia definitiva de la vida. ¿Es esta una razón para descuidar el estudio de los hechos y el método de observación? El médico no podría cuidar la menor enfermedad si no supliera por observaciones empíricas, más o menos groseras, las leyes científicas que no conoce aún; la moral se halla en el mismo caso; no se pretende que sus preceptos estén todos a cubierto del error; se afirma solamente que hay menos probabilidades de engañarse partiendo de la observación de la realidad que partiendo de miras del espíritu o de sentimientos individuales. La moral no debe tender a presentarse como un sistema completo y acabado, sino como un conjunto muy complejo de observaciones particulares que permiten concluir ciertas reglas particulares: observaciones debidas a los juristas, a los criminalistas, a los economistas, a los historiadores de instituciones, de costumbres, de hechos políticos, etc. Por el conjunto de estos estudios realizados en cada orden por sabios especializados, sobre partes muy pequeñas de la realidad, es como, poco a poco,

llegará a establecerse una moral práctica positiva.

Y se ve que si la realidad moral obedece a principios generales (lo cual es probable), será sólo a consecuencia de este estudio minucioso, como se podrá advertir. El método que se propone no es sólo más natural y más científico que las investigaciones de moral teórica, si una misma ley general debe justificar los preceptos de la moral, mostrando que toda la evolución moral de la humanidad sigue una dirección única; este método parece ser el único que permite esperarla.

Lo normal y lo patológico.—Pero esto no es todo. La sociología, como cualquier otra ciencia, dispone de medios que permiten hacer una distinción entre los fenómenos morales; es decir, que son todo lo que deben ser, y los fenómenos patológicos, aquellos que deberían ser de otro modo de lo que son. *Durkheim* ha puesto de relieve este punto y mostrado que la ciencia se halla en estado de aclarar la práctica, de enseñarnos lo que debemos querer, dando un criterio objetivo que nos permita distinguir la *salud de la enfermedad* en los diversos órdenes de fenómenos sociales, ya que la salud es buena y deseable y que la enfermedad, por el contrario, es mala y debe evitarse. (*Reglas del método sociológico*, cap. III.)

1.º «Un hecho social es normal *para un tipo social determinado, considerado en una fase determinada de su desenvolvimiento*, cuando se produce en el término medio de las sociedades de esta especie, consideradas en la fase correspondiente a su evolución». Esta definición de lo normal lo hace hasta un cierto punto equivalente de lo *general*, y si se reflexiona, también en ese sentido, se opone normal a mórbido desde el punto de vista biológico: los individuos que componen una especie, en un momento

dado, oscilan alrededor de un *tipo general*, que representa una aptitud *media*, a conservarse en las condiciones de vida en que ellos se encuentran. Y se conservan tanto mejor cuanto menos se apartan de este tipo *medio y general*.

2.º «Se pueden comprobar los resultados del método precedente (para caracterizar lo normal) haciendo ver que la generalidad de los fenómenos obedecen a las condiciones generales de la vida colectiva en el tipo considerado». Son el efecto de estas condiciones generales.

3.º «Esta comprobación es necesaria cuando esos hechos se refieren a una especie social que no ha cumplido aún su evolución integral»; este es el caso de nuestras sociedades actuales. El verdadero medio de determinar en ellas lo normal es, entonces, el de determinar lo que obedece a las condiciones generales actuales de la vida colectiva. Ello permite eliminar fenómenos que, aunque generales, son simples *supervivencias*, que han obedecido anteriormente a las condiciones generales de la vida colectiva de nuestras sociedades. Ya no obedecen a ellas y hoy son propiamente anomalías.

IV. POSTULA, COMO TODO ARTE, EL FIN HUMANO DEL QUERER VIVIR Y DEL QUERER VIVIR MEJOR, Y NO TIENE NECESIDAD DE DISCUTIR, COMO LA MORAL TEÓRICA, LA CUESTIÓN DE LOS FINES DE LA VIDA.

Una última objeción más grave se ha hecho a esta manera de concebir la moral. Se ha dicho: En todo arte se busca lugar a un objeto, a un fin. Pero en

moral, ¿quién nos indica este objeto, este fin? No puede ser más que la moral teórica; por tanto, admitiendo que se haga de la moral un arte que se limite a modificar la realidad según las leyes de esta realidad, es necesario, sin embargo, que sepamos en qué sentido queremos modificar la realidad. Si la moral teórica debe renunciar a buscar un principio, es preciso, al menos, que continúe especulando sobre el objeto, sobre el fin a que pretendemos llegar. Un gran número de moralistas contemporáneos se colocan en este punto de vista, pidiendo que se añada a un estudio positivo de las realidades morales la investigación general de un ideal y un fin teórico (*Belot*).

Pero se ha contestado con mucho acierto que las morales teóricas no habrán nunca cesado de especular, desde que hay filósofos, sobre los fines de nuestra conducta y que ellas no han podido entenderse jamás. ¿A qué discutir sin objeto? ¿No es más sencillo tener por decidido que el hombre tiende a *vivir del mejor modo posible*, fin implicado en todas las artes y en toda la industria humana? La moral, lo mismo que las artes del ingeniero, la higiene o la medicina, debe, pues, admitir sin discusión que el hombre quiere vivir, y, por consiguiente, vivir lo mejor posible. Sus reglas deberán tender a asegurar la vida de los individuos en la sociedad de la manera más firme y más fácil.

«Quedaría por examinar—dice *Durkheim*—si el hombre debe negarse; la cuestión es legítima, pero no será examinada. Se postulará que tenemos razón de querer vivir». (*Boletín de la Sociedad francesa de Filosofía*, 1906, 116.)

Se objeta, además, a esta concepción que sujeta el espíritu a la opinión moral reinante. Nada de eso, porque la sociedad que la moral nos prescribe que-

rer, no es la sociedad tal como ella se aparece a sí misma, sino la sociedad tal como ella es o tiende realmente a ser. Pero la conciencia que la sociedad toma de sí misma, en y por la opinión, puede ser inadecuada a la realidad subyacente. Puede ocurrir que la opinión esté llena de supervivencias, que atrase sobre el estado real de la sociedad; puede ocurrir que, bajo la influencia de circunstancias pasajeras, ciertos principios aún esenciales de la moral existente sean, durante un tiempo, rechazados en la inconsciente y sean entonces como si no fuesen. La ciencia de la moral permite rectificar estos errores, de lo cual se darán ejemplos.

Pero se sostendrá que nunca podrá quererse otra moral que la reclamada por el estado social del tiempo. Querer otra moral que la que está implícita en la naturaleza de la sociedad, es negar ésta, y, por consiguiente, negarse a sí mismo.

De este modo, en cada circunstancia en que hemos de ponernos, el problema de querer saber cómo vamos a obrar, la moral debe examinar todo lo concerniente a las acciones de los hombres, en esa circunstancia, en el seno de la sociedad en que vivimos. De este examen tratará de sacar la regla que debemos seguir para cumplir la acción que mejor pueda responder a nuestro deseo de vivir del modo más firme y mejor posible. Allí donde las ciencias sociales hayan determinado leyes, tendrá el precepto que derivarse a ellas, y donde las leyes necesarias no fueran establecidas (caso éste el más frecuente) se procurará suplirlas por la observación empírica.

V. CÓMO SE PUEDE, POR LA EXPERIENCIA MORAL,
COMPLETAR ESTE ARTE RACIONAL.

«Los principios generales, esquemáticos, de la ciencia no pueden expresar el detalle de los hechos particulares. Solamente con el contacto directo de los hechos es como las nociones que ella nos da se pueden diversificar. En este arte de conducirnos nos conformamos, de ordinario, con reglas que nos vienen del instinto, de la costumbre. Pero yo concibo, dice *Durkheim*, que ellas puedan llegar a ser el objeto de una ciencia especial, sobre la cual vendría a injertarse un arte de la conducta individual más reflexivo y más científico». Este arte de la conducta individual es el que *Rauh* ha tratado de construir en *L'Expérience morale*. Si su esfuerzo no es la prolongación inmediata del que acabamos de analizar, no es, sin embargo, incompatible con él, aunque el método sea diferente (1). El propone completar esta moral, exclusivamente social en su origen, por una moral individual, que se construiría también de un modo absolutamente práctico, experimental y relativo. Ella trataría de definir la actitud del hombre honrado en acción, considerando los sentimientos,

(1) *Rauh* considera, separándose en este punto de *Durkheim* y de *Levy-Brühl*, que la moral del individuo *no es* la pura y simple prolongación de la moral social. Ella se superpone y puede reivindicar los principios de acción autónoma, que sólo saca, sin embargo, de los hechos de una observación experimental, aunque entendida de otro modo que en el método sociológico. Para él éste, a pesar de todo, hace «que el hombre adore demasiado la traza de sus pasos», y no da bastante autoridad a la conciencia y a la razón individual frente a la tradición colectiva.

la conciencia del hombre honrado, en el momento en que él obra; ella propondría entonces al individuo imitar constantemente esta actitud y obrar en consecuencia. De ese modo, inspirándose en la realidad pasada y, *sobre todo*, presente, la moral prepararía el porvenir y las mejoras posibles del estado actual, pues reflejaría las aspiraciones de las conciencias más elevadas, y propondría aportar a los usos tradicionales las modificaciones conformes a la conciencia del hombre honrado. Esta conciencia, mirada de un modo general en lo que ella siempre ha tenido de análoga (desinterés, intervención constante de un ideal y de un mismo ideal, sentimiento real de una obligación, independencia, impulso razonado, etc.), y de un modo especial en las aspiraciones de la época: he aquí hechos de experiencia, los cuales el arte moral ha de tener en cuenta además, como los que nos revela la ciencia de las costumbres. En este sentido, las morales teóricas de los filósofos, presentándonos un pensamiento, notable por su elevación y su precisión, pueden ser de una gran enseñanza. Los hechos del orden moral deben ser interpretados a través de este otro hecho: el sentimiento moral.

VI. CONCLUSIÓN RELATIVA A ESTA CONCEPCIÓN DE LA MORAL.

Es preciso señalar que esta concepción, aún reciente, no ha podido hacer sus pruebas. Pero tiene en su favor las siguientes observaciones:

1.^a El hecho de que las morales que se apoyan sobre principios teóricos han seguido siendo, hasta

el presente, morales siempre discutibles y discutidas, conocidas solamente por un pequeño número de personas cultas que, a pesar de esto, no han podido entenderse jamás.

2.^a Y este otro hecho de que las morales *practicadas* hasta aquí se componen únicamente de reglas transmitidas por la educación y la tradición, y que parecen siempre condicionadas por el medio social. Ellas han respondido siempre a la concepción que acaba de ser propuesta, salvo que han sido puramente empíricas e irreflexivas, mientras que esta concepción quisiera hacerse progresivamente racional, científica y reflexiva.

Ella tiene en contra suya su novedad, que hace que no haya podido aún ser experimentada, los hábitos de espíritu tradicionales de los filósofos y los moralistas, que tienen siempre subordinada su moral práctica a una moral teórica; y, en fin, las dificultades considerables que hay para aplicar un método científico a la observación de las realidades morales.

VII. CONCLUSIONES GENERALES PROPUESTAS SOBRE EL OBJETO Y EL CARACTER DE LA MORAL.

En resumen, se concibe el objeto y el carácter de la moral de dos modos bien diferentes: ¿Se buscará o no se buscará un fundamento absoluto y definitivo de la moral, un principio o un conjunto de principios? ¿Se construirá o no, por encima de la moral práctica, una moral teórica para justificar la primera?

Las dos alternativas tienen hoy sus partidarios irreductibles.

De un modo práctico, se puede decir que es loable querer apartarse de discusiones teóricas que, después de largo tiempo, se persiguen sin resultado, y que la crítica y el progreso deben ser, en moral como en otra parte, en la exención con respecto a las dificultades de las hipótesis y de las dudas metafísicas. Pero las morales teóricas, además de que pueden ser y son concebidas por algunos de un modo menos dialéctico y menos ideológico que en los antiguos sistemas, son en sus formas las más sistemáticas, una indicación preciosa sobre el sentimiento moral, sobre las aspiraciones de la sociedad y de la época, y quizá del hombre en lo que esta palabra tiene enteramente general. Concebidas en una sociedad y una época determinadas, para necesidades dadas, retratando por su historia todo un lado de la evolución de las aspiraciones humanas, valen ellas también a título de *hecho*.

En fin, comprendidas de un modo más positivo y menos dogmático de lo que hasta ahora lo han sido, consideradas como hipótesis generales destinadas a organizar nuestras ideas en el dominio moral, ¿no tendrían, entonces, un papel análogo al que representan las grandes hipótesis en las ciencias de la naturaleza? Las «teorías científicas», nosotros lo hemos visto, son infinitamente preciosas para la invención y el descubrimiento y son casi siempre el efecto de las ideas generales sistematizadoras y directoras. Lo mismo ocurriría aquí—acaso—con las morales teóricas.

Así, pues, antes de abordar la moral práctica, es bueno tener una idea sumaria de los principales problemas y de las principales nociones de la moral teórica. Esto es hacer el análisis y la historia de ele-

mentos importantes del sentimiento moral. Y, en todo caso, en el estado actual de las cosas esto no es abandonar demasiado pronto un método en el que los adversarios son aún poco numerosos, muy recientes y muy discutidos. Puede que esto sea también para ellos el medio de mostrar la insuficiencia de la moral teórica para dar conclusiones que reúnan el consentimiento universal: lo cual sería el objeto esencial y la razón de ser de la moral teórica.

Nosotros no hemos disimulado en lo que procede, ni disimularemos en la continuación, nuestras preferencias por el método positivo y científico—en moral como en todo lo demás—. Nosotros creemos en el porvenir de esta moral positiva. Pero es leal hacer constar que entre los filósofos, como entre los que se preocupan de los problemas morales, esta actitud no se halla adoptada más que por una minoría.

Creemos, además, que esta moral positiva dejará siempre al lado de las reglas que pueda determinar científicamente y que se impondrán de un modo exterior y objetivo a los individuos, un papel necesario a un elemento moral individual y subjetivo. En nuestro sentir, determinaría así de una manera racional y positiva la parte indispensable del sentimiento moral, de la conciencia moral individual, de la vida interior: factores que permanecen, al menos parcialmente, irracionales e inconscientes para el agente moral.

La moralidad, en efecto, no parece poder imponerse desde fuera. Es preciso que el individuo se esfuerce y vaya a su encuentro con todo su ser. Para esto es preciso que ceda a un impulso interior.

Parece que, desde este punto de vista, toda educación verdaderamente moral implica la conciencia

de un ideal al cual el individuo esté pronto a sacrificarse cuantas veces las circunstancias lo exijan. La diferencia aquí, con las morales teóricas y metafísicas, sería, según nosotros, que, en lugar de imponer un ideal especialmente determinado, la moral consideraría que este ideal es, sobre todo, asunto de convicción individual: el jardín secreto que cada uno debe cultivar en sí mismo. Un ideal se propone, y no se impone. Lo esencial es que se tenga uno: filosófico o religioso, racional o místico, positivo o metafísico... Una convicción poderosa debe organizar y disciplinar todas las fuerzas interiores del agente moral y hacerle aceptar las obligaciones morales positivas, impulsarlas hasta llegar al límite, con tal que, desde luego, las respete todas.

CAPÍTULO III

NOCIONES HISTÓRICAS SOBRE LA MORAL TEÓRICA

Los datos de la conciencia moral: obligación y sanción.

I.—*Definiciones preliminares.*—La obligación o el deber, la sanción (penas o recompensas referidas a la desobediencia o a la obediencia al deber).

PRIMERA PARTE: LA OBLIGACIÓN.

II.—*La obligación en las morales intuitivas.*—El análisis de los caracteres del deber (*universal, absoluto, a priori*) en la moral de Kant.
 III.—*La obligación en las morales naturalistas.*—*Génesis empírica* de la conciencia moral.
 IV.—*La obligación en las morales racionalistas y deductivas.* (El deber deducido del bien.)—*Conclusión.*

SEGUNDA PARTE: LA SANCIÓN.

V.—*La idea de sanción en las morales teóricas* (*inseparable* de esta obligación).
 VI.—*Las sanciones en las morales intuitivas.*—*A.* Sanción interior (satisfacciones o remordimientos).—*B.* Sanción sobrenatural (vida futura).
 VII.—*Las sanciones morales naturalistas.*—*A.* Sanción física.—*B.* Sanción legal.—*C.* Sanción de la opinión.—*Conclusión.*
 VIII.—*Morales sin obligación ni sanción.*
 IX.—*Conclusiones generales propuestas.*